



*Hasta luego,
Alepo*

Urtzi Elorza

La bocina del tren me ha despertado. No sé dónde estamos. Debemos estar ya llegando a Austria. Me estoy empezando a cansar de estar todo el día metido en trenes. Durante el viaje hemos hecho varios transbordos, pero aunque el tren cambie por dentro y por fuera, sigue siendo un tren. Ghada está mirando por la ventana, a pesar de que en realidad no le interesa nada de lo que está ahí fuera. Yo también he dejado de interesarle.

Seguimos siendo pareja, aunque en realidad nuestra relación murió junto con sus padres. Y mi hermana. Mis padres decidieron que era mejor que nos fuésemos de Alepo. Nunca se sabe cuándo volverán a teñirse las calles de rojo. Ya hubo explosiones y muertos en nuestra universidad en 2013 y en 2016, así que mi madre piensa que cualquier día puede volver a pasar. En un país en guerra ningún sitio es seguro: ni los hospitales, ni los colegios.

Hace más de un año que murió mi hermana. Desde entonces mi madre ha ido a peor. Sigue sin asimilarlo, aunque yo tampoco. Aún no he podido borrar de mi cabeza la imagen de mi hermana de trece años sin piernas, por culpa de una bomba que cayó en el parque en el que estaba jugando con sus amigas. Cuando llegué allí estaban a punto de recoger su cuerpo inerte. La miré a los ojos, pero a pesar de que ella los tenía abiertos, no me pudo ver. Mi hermana se fue para siempre, dejando atrás un charco de sangre, una vida por disfrutar y estas imágenes que seguramente me acompañarán por el resto de mis días.

Los padres de Ghada murieron al cabo de cinco meses. Una bomba impactó en su casa y los mató a ambos. Por suerte Ghada estaba conmigo en la universidad. Estábamos estudiando cuando la policía le llamó para darle la noticia. En ese momento, la Ghada que yo conocía y que tanto me ayudó a superar lo de mi hermana también se fue para siempre. No tenía más familiares, su hermano mayor había muerto luchando en la guerra, y su casa estaba destrozada, por lo que vino a vivir con mis padres y conmigo.

Al principio actuó como si nada hubiese pasado. Siempre estaba alegre, ayudaba en las tareas de casa y seguía siendo la mejor alumna de nuestra clase. No la vi llorar ni una sola vez. Sin embargo, un día desapareció. No volvió a casa ni a la universidad. La buscamos entre compañeros de clase, mis padres y algunos profesores durante dos días enteros, pero no dimos con ella. La policía no nos ayudó. Seguía habiendo explosiones y había más personas desaparecidas; probablemente sepultadas bajo escombros.

Tuve una corazonada. Fui al lugar donde antes había estado la casa de Ghada y allí estaba ella, tumbada encima de lo que había sido un tejado, esperando a que una bomba le cayera encima. Seguramente sabía que era poco probable que bombardearan una zona que ya estaba en ruinas, pero capté el mensaje: quería morir.

Al principio me pidió que la dejase allí, pero cuando la cogí en brazos no opuso resistencia. Estaba demasiado débil. No había comido ni bebido en más de dos días. Tampoco parecía haber dormido. La llevé a casa, avisé a todos de que la había encontrado y les agradecí su ayuda, aunque no les dije por qué Ghada estuvo allí. Pensé que era mejor guardarme eso para mí. ¿Qué ventaja tenía que supiesen eso? La hincharían a antidepresivos e incluso la encerrarían en un manicomio, pero sus padres seguirían muertos y yo también la perdería a ella. Puede que haya sido demasiado egoísta... Creía de veras que con mi ayuda lo superaría, tal y como lo hice yo con lo de mi hermana, gracias a su apoyo incondicional.

Al cabo de unos días se recuperó, aunque solo físicamente. Comía con normalidad y dormía mucho, pero no volvió a ser la misma de antes. Ghada solo salía de su cuarto para comer e ir al baño y apenas hablaba. Mi madre me convenció para que la dejara tranquila, que lo único que podía hacer era apoyarla y que “ya se le pasaría”. No fue así.

Dejó la universidad sin dar ninguna explicación. Cuando compañeros y profesores me preguntaban, les decía la verdad: que le había afectado mucho la muerte de sus padres y que no sabía cuándo iba a volver a clase. A algunos les pareció algo comprensible y a otros no les pareció para tanto. A muchos se nos han muerto familiares. En un ambiente de guerra, la muerte se vuelve algo cotidiano. Al fin y al cabo, cuando las explosiones no paran, sabes que alguna vez le va a tocar a alguien cercano, o a ti mismo.

Los meses pasaron y ella siguió igual. Al acabar el curso académico, en la universidad me ofrecieron la posibilidad de irme a estudiar a Alemania, dado que yo era el mejor alumno de clase; ahora que ya no estaba Ghada. La beca debió haber sido suya, pero ya no había nada que hacer. Mis padres lo vieron como una oportunidad para salir de Siria y buscar “una vida mejor”. Sin embargo, no podía irme y dejar a Ghada allí. Ahora mismo soy lo único que la une a este mundo, o igual ni eso.

A pesar de que solo tenemos veintiún años, decidí que la única solución posible era casarme y suplicar para que le dieran un visado a ella también. Les dije que estaba embarazada. Mentí. A ella no le importó casarse. Me acompañó al ayuntamiento, firmó el papel y volvió a su habitación. Nada cambiaba para ella.

Usando los ahorros de mis padres, nos pusimos rumbo a Alemania. Desde entonces apenas hemos bajado de los trenes ni hemos salido de las estaciones. Una vez lleguemos a Alemania me darán el dinero de la beca y espero que podamos salir adelante. Si no tendré que buscarme algún trabajo a tiempo parcial. De momento Ghada no me ha dicho nada al respecto. Parece que me acompaña por inercia. Si me tirara por un acantilado, seguramente ella iría detrás. Me parte el corazón verla así.

Ella se limita a mirar por la ventana. Casi no hablamos y solo me responde con monosílabos. A veces ni siquiera articula palabras y opta por gestos. Me siento como cuando cuidaba a mi abuelo moribundo en el hospital. Sin embargo, Ghada aún tiene una vida que vivir. No la puedo dejar atrás. La quiero y seguiré a su lado, hasta que algún día de estos decida desaparecer para siempre, como mi dulce hermana.

¿Qué estará pensando ella ahora mismo? Puede que en nada y simplemente se limite a mirar todas estas ciudades intactas con esos ojos muertos. Su pelo negro le oculta media cara. Antes siempre llevaba coleta. Desde el día que la conocí, hace cuatro años, solo se quitó la coleta en los funerales. Supongo que sigue de luto. ¿Qué puedo hacer yo para que vuelva a ser la vieja Ghada? Ni siquiera sé si quiere ir a Alemania. Todo le da igual: la universidad, nuestro hogar, su futuro... y yo. Anoche soñé que su pelo comenzaba a cubrirle el rostro cada vez más, hasta que le tapaba el cuerpo por completo y se hacía uno con la oscuridad de la noche, dejándome solo en el vagón del tren. Cuando abrí los ojos, ella estaba a mi lado, pero me sentí igualmente solo.

Estamos cruzando media Europa, viajando encima de railes, en busca de una vida mejor que puede que no vayamos a encontrar. ¿Cuántos europeos fueron en busca del *Sueño Americano* y cuántos lo encontraron? Muchos encontraron miseria en vez de dinero y felicidad. ¿Cuántos paisanos míos siguen en Turquía, Jordania y Hungría, sin poder salir de ahí? ¿Cuántos están en campos de refugiados? Yo he tenido suerte: sigo vivo, a pesar de que me quedé en mi ciudad cuando comenzó la guerra, he podido ir a la universidad y me han ofrecido ir a Alemania con una beca, visado y mi mujer. Soy un afortunado. Mi caso es de uno entre un millón, o incluso más.

La verdad es que no nos fuimos de nuestro hogar cuando comenzó la guerra porque no teníamos a dónde ir. Mucha gente huyó y sabíamos que en los otros países no había lugar para todos, siempre que no seas rico o ciudadano de una potencia mundial. Si mañana hubiese un conflicto así en Estados Unidos, Francia o Inglaterra, los países de todo el mundo se pegarían por acoger refugiados. Solo hay que ver lo poco que tardaron en donar dinero para reconstruir el Notre Dame, mientras que mucha gente muere de hambre. Una piedra en Francia vale más que miles de vidas.

Nosotros no somos ricos. Además, mi hermana quería seguir en su colegio y quedarse con sus amigas, aunque algunas se fueron. Mi padre prefería morir a abandonar su casa y la ciudad que le vio crecer. Mi madre sí quería irse, pero no pudo convencerlos. Ahora se atormenta por no haber insistido más, sabiendo que así su hija seguiría viva. Y yo, entonces, ¿adónde iba a ir solo?

Después empecé la universidad y ahí conocí a Ghada, cuyos padres tampoco tenían dinero para irse a ningún sitio. Eran gente humilde y muy buenas personas. Bastante hacían con pagarle la universidad, aunque por suerte ella recibía una beca por ser una estudiante de matrícula.

Al poco de comenzar las clases comenzamos a quedar para estudiar juntos y semanas después empezamos a ser más que amigos. Éramos los dos mejores estudiantes de clase y nos llamaban la “pareja perfecta”. Nunca fuimos perfectos, pero ahora ni siquiera parecemos pareja: simplemente dos personas haciendo el mismo viaje, dos extraños, que casualmente van al mismo lugar.

Enseguida llegaremos a la próxima estación. Menos mal.

El tren puede ser algo maravilloso o un infierno. Depende del destino que tenga. Puede significar libertad, de la misma manera que puede significar muerte. Lo que se creó como algo para llevar mercancías de un lado a otro, también se ha usado para llevar a soldados a la guerra y a judíos y rojos a campos de concentración.

Muchos amigos míos fueron a la guerra, mientras que yo opté por la universidad. Sé que un par de ellos, por lo menos, murieron. No sé nada de los demás. Mi amigo Ahmad me llamó cobarde por no defender nuestro pueblo y esconderme tras las paredes de la universidad. Ahora él está muerto y yo estoy abandonando mi hogar. Ahmad, puede que tuvieses razón y yo sea un cobarde, pero creo que me merezco la oportunidad que nos robó la guerra. Y Ghada también. Los dos saldremos adelante y algún día volveremos a nuestra ciudad.

El tren se ha parado. Toca hacer transbordo. Ella no se mueve de su sitio.

—Ghada, tenemos que cambiar de tren.

Ha asentido con la cabeza y se ha puesto de pie. Hemos cogido nuestras maletas y, una vez en el andén, he buscado el número dos. Pone que no sale hasta dentro de dos horas.

—Aún tenemos que esperar bastante. —Ella vuelve a asentir en silencio—. ¿Vamos a tomar algo a esa cafetería? —Le he señalado una pequeña cafetería que está dentro de la estación.

Ha encogido los hombros para mostrarme otro gesto de indiferencia. Lo tomaré como un sí. Nos dirigimos ahí con nuestras maletas. Dentro hace mucho calor, por lo que vamos a sentarnos en la única mesa libre de la terraza.

—¿Qué quieres?

—Nada.

—Tienes que comer algo... ¿Te apetece un café?

No me ha respondido. Ha dirigido la mirada hacia el tren en el que hemos venido. Mientras ella miraba cómo se alejaba el tren, yo he entrado a la cafetería y me he puesto en la cola. Hay siete personas esperando; demasiadas para mi gusto. Seguramente hayan venido en el mismo tren que nosotros. ¿Irán también a Alemania? ¿Y qué van a hacer allí? ¿Tienen ya una vida organizada o también van con la simple esperanza de conseguir una vida mejor?

Cuando me ha llegado el turno he pedido dos cafés y dos bollos de chocolate que tienen muy buena pinta. A Ghada siempre le han encantado los dulces. Puede que la anime un poco.

Tras pagar he vuelto a la mesa llevando todo de una sola vez, como si estuviera haciendo malabares. Por suerte no se me ha caído nada, pero me he encontrado con la mesa vacía. No hay rastro de Ghada; solo están nuestras maletas. Le he preguntado a la pareja de la mesa de al lado si han visto adónde ha ido la mujer que me acompañaba y me han respondido que se ha marchado poco antes. Su maleta sigue aquí, así que quizás haya ido a los servicios... Les he pedido que vigilen nuestras maletas y he salido corriendo. Ahora el problema es que no puedo entrar al baño de mujeres.

—¿Ghada, estás ahí? —He preguntado tras abrir ligeramente la puerta—. Respóndeme, por favor. —No responde nadie. Alguien ha tirado de la cadena—. ¿Ghada? ¿Eres tú?

Cuando se ha abierto la puerta ha aparecido una mujer rubia en la treintena. Mide poco menos que yo y me ha puesto mala cara.

—Este es el baño de mujeres —dice ella en inglés.

—Lo sé. Disculpa, ¿sabes si dentro hay una mujer de pelo negro? Tiene mi edad.

—No lo sé, pero si está escondida será por algo. ¿Qué le has hecho?

—Nada. ¿Sabes o no? Dímelo, por favor.

—¿Y tú quién eres?

—Soy su marido. Ha desaparecido de la cafetería de repente y me preguntaba si ella está ahí dentro...

—¿Tan jóvenes y ya estáis casados? Igual por eso se ha ido. —Ha soltado una carcajada—. Seguramente haya cogido el primer tren que ha podido.

—Ella no haría eso...

—Adiós.

—¡Por favor, dímelo!

La he agarrado del brazo para evitar que se fuera.

—¡Suéltame! —ha gritado ella.

Me ha apartado con brusquedad y se ha marchado, sin perder la oportunidad para insultarme. Iba a tirar la toalla cuando ha aparecido una mujer morena, poco más mayor que yo.

—Perdona, —me ha mirado asustada—, ¿podrías decirme si en el baño hay una mujer de pelo negro de mi edad?

—¿Cómo? —parece confusa.

—Se llama Ghada. Es mi mujer y ha desaparecido de la cafetería, por favor. No sé dónde está y estoy muy preocupado. —Se me han escapado unas lágrimas—. Solo necesito que me digas si está o no. Nada más... Por favor.

—Está bien... Tranquilo.

La mujer me ha sonreído para que me calme y ha entrado al baño. Tras veinte largos segundos ha vuelto a salir negando con la cabeza.

—Aquí no hay nadie. Lo siento.

—Vale... Gracias.

He salido corriendo de ahí, sin saber adónde dirigirme. ¿Dónde puede estar? ¿Se habrá marchado en otro tren? Ghada, ¿por qué me haces esto?

Lo mejor será volver a la cafetería. Tal vez ella esté allí sentada, comiendo el bollo de chocolate mientras mira a su alrededor con un rostro impasible.

La bocina de un tren lejano me ha sacado de mis pensamientos. He mirado hacia donde provenía el sonido y he visto que en el andén hay pocas personas: una familia con dos niños, un grupo de jóvenes, la mujer rubia de antes acompañada por otra mujer, una pareja de ancianos y una mujer de pelo negro. ¿Es Ghada? Tiene que serlo.

He corrido lo más rápido posible, esquivando a personas y maletas. El tren está al llegar. No me dará tiempo. Ghada está de pie en el borde del andén. ¿No irá a...? No pienses en eso. Solo corre. ¡Corre más rápido! Ahí está el tren. Ghada, por favor, ¡no te tires!

—¡¡¡Ghada!!!

El tren se ha parado. Unos pasajeros bajan y los que están en el andén han comenzado a subir. La mujer rubia me ha lanzado una mirada furtiva y le ha dicho algo a su amiga cuando he pasado corriendo. Todos están subiendo menos Ghada. Ella sigue en el mismo sitio. Quieta.

—¿Qué haces aquí? —le he preguntado al llegar a su lado mientras recuperaba la respiración.

—Nada.

—No vuelvas a irte así sin avisar, por favor. Estaba muy preocupado.

—¿Por? —me ha respondido, mirándome de soslayo.

—Porque... Da igual. Volvamos a nuestra mesa. Te he pedido un café y un bollo de chocolate, de los que te gustan.

No ha protestado. Hemos vuelto a nuestra mesa y todo está tal y como lo dejé. Le he dado las gracias a la pareja de al lado, sobre todo por cuidar las maletas, y me he ofrecido a pagar sus cafés, aunque no me han dejado. Me han sonreído y me han dicho que no tiene importancia.

—Si hubiese sido al revés seguro que tú hubieras hecho lo mismo —ha añadido el hombre.

Es verdad. En el mundo hay personas buenas y personas malas. Independientemente del origen o del aspecto físico. De la misma forma que estos han cuidado de nuestras cosas y esa mujer me ha ayudado, la mujer rubia me ha increpado y otros me hubieran robado las maletas.

Nos hemos sentado y le he dado un sorbo al café. Está frío. No importa. Tampoco es que esté especialmente bueno. Ghada está comiendo el bollo. Le he dado un mordisco al mío.

—¿A que está delicioso? —intento sonsacarle alguna palabra.

—Sí.

—El café no es nada del otro mundo. Sabe como los que nos tomábamos en la universidad, ¿verdad?

—El de mi madre era mejor.

Ahora soy yo el que no ha respondido. No he sabido qué decir. Es verdad que su café era mejor, pero ya nunca podremos volver a tomarlo... Mejor no pensar en eso.

Al acabar hemos vuelto al andén, a esperar el tren. Aún falta más de una hora. Me he sentado contra la pared y he cerrado los ojos, aunque no tenga intención de dormir. Simplemente estoy cansado. Se me hace raro estar a oscuras sin el movimiento del tren. Mi cuerpo se ha acostumbrado al bailoteo de los vagones. Ghada se ha sentado a mi lado y he apoyado mi cabeza sobre su hombro. Decido sincerarme.

—Ghada, si necesitas hablar de lo que sea, cuéntamelo, por favor. Yo te escucho. Confía en mí, como solías hacer antes. Nos podíamos pasar toda la tarde hablando de cualquier cosa. A veces nos tocaba quedarnos a hacer los trabajos de la universidad hasta las tantas porque habíamos estado charlando sin descanso. Me ayudabas a no tener miedo cuando oíamos explosiones a lo lejos, siempre lograbas que me tranquilizara y, aunque a mí no me gustaba, decías que nunca nos íbamos a separar, porque así las bombas nos matarían a los dos juntos. —No dice nada—. ¿Sabes que te sigo queriendo muchísimo, no? —Sigue sin responder—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

No hemos vuelto a hablar. Poco a poco, se han ido acercando más personas al andén, hasta que finalmente ha sido la hora. Al llegar al tren, hemos guardado las maletas y nos hemos sentado en nuestros asientos. Ella ha escogido el que está cerca de la ventana, como siempre. Ha dirigido su mirada al exterior y así ha estado durante seis horas, hasta que ha decidido romper el silencio.

—Ali... —Hacía mucho que no me llamaba por mi nombre.

—Dime.

—¿Qué voy a hacer en Alemania? —Me ha mirado por primera vez.

—No lo sé.

—¿Qué voy a hacer mientras estés en la universidad?

—No lo sé. Lee, pasea por la ciudad, trabaja... Haz lo que tú quieras.

—No sé alemán.

—Yo tampoco. Aprenderemos juntos. Y sabes inglés. Estate tranquila, en Alemania casi todo el mundo sabe inglés.

—¿Por qué me llevas contigo?

—Porque te quiero. No podía dejarte allí sola.

—Tal vez quería quedarme.

—¿Querías?

—Sí. No... Me da igual.

—Acabaré la carrera dentro de diez meses. Luego intentaré buscar trabajo allí mismo o en cualquier otro país de Europa. Conseguiré dinero para enviarle a mis padres. No te preocupes, cuando todo haya acabado, volveremos a nuestro hogar.

—Yo no tengo ningún hogar.

—Conmigo... ¿No quieres volver nunca más a nuestra ciudad?

—Nadie me espera allí.

—Tus amigas... Mis padres también te quieren. Me gustaría que algún día pudiésemos pasear juntos por Alepo sin tener miedo.

—Si es que sigue en pie.

—La guerra ha acabado.

—Pero volverá. Las guerras no acaban hasta que solo queda un bando.

No le he respondido. Es la vez que más hemos hablado en mucho tiempo. Ella ha vuelto a mirar por la ventana. Puede que esté buscando algo ahí fuera que le dé motivos para vivir. Yo también lo hago.

No sé qué nos deparará el futuro, pero debemos sobrevivir hasta el día que podamos regresar a nuestro país y trabajar para que vuelva a ser como era antes. Nuestro pueblo no son edificios, líderes políticos, monumentos, tierras y ríos. El pueblo somos los habitantes que lo formamos y mientras sigamos vivos, siempre habrá un mañana.